

despertó algun tanto el celo ante el peligro que amenazaba á Francia, y á los hombres comprometidos como él en la revolucion mas particularmente. Pero en Lyon tenia tres mil conscritos incluidos en viejos cuadros, y nada de almacenes, ni de víveres, ni de artilleria, ni de caballos. Por desgracia carecia de aquella actividad creadora con que se pueden sacar de una gran poblacion los recursos todos que guarda en su seno. No obstante, hizo que sus conscritos fueran alimentados y vestidos por la municipalidad lionesa, llevó de Valence alguna artilleria, llamó de Grenoble á la débil division de Marchand, y envió ayudantes de campo á Nimes en busca de la division de reserva, destinada como la de Burdeos á pasar del Mediodía al Norte. Asi logró reunir en los primeros dias de febrero, además de los pocos miles de hombres de Lyon, tres mil hombres procedentes de Nimes, y lo que aun valia mas, diez mil veteranos segregados del ejército de Cataluña, y con estas fuerzas se aprestaba á entrar en campaña. Pero quiso conceder algunos dias de descanso á sus tropas antes de ir al encuentro del enemigo. A la verdad convenia que se presentase en la palestra, pues su aparicion hácia Besanzon y Chalons podia introducir turbacion extremada á espaldas de los ejércitos aliados, y quizá determinar la retirada del príncipe de Schwarzenberg, todavia no mas que iniciada. Napoleon, poseido de impaciencia le dirigió la carta siguiente, digna de ser conservada por la historia.

«Nogent-sur-Seine, 21 de febrero de 1814.

«El ministro de la Guerra me ha enseñado la carta que con fecha 16 le habeis escrito. Su lectura

» me ha apesarado sobremanera. ¡Qué! ¡No salisteis
 » á campaña á las seis horas de recibir las primeras
 » tropas venidas de España! Con seis horas de des-
 » canso habia lo bastante. Yo gané el combate de Nan-
 » gis con la brigada de dragones procedentes de Es-
 » paña, y que no habian soltado las bridas desde
 » Bayona. Decis que los seis batallones de Nimes ca-
 » recen de instruccion y de vestuario y de equipo.
 » ¡Ah, Augereau, cuán pobre razon es esta! A ochenta
 » mil enemigos he destrozado con batallones de
 » conscritos, que no tenian cartucheras y que ape-
 » nas estaban uniformados. Añadís que son dignos
 » de lástima los guardias nacionales. Aqui tengo
 » cuatro mil llegados de Angers y de Bretaña con
 » sombreros redondos, sin cartucheras, mas con
 » buenos fusiles, y he sacado de ellos muy buen
 » partido. Luego agregais que no hay dinero ¿y de
 » dónde esperais sacarlo? No lo tendreis mientras
 » que no arranquemos de manos del enemigo lo que
 » exigen nuestros dispendios. Careceis de atalages;
 » buscadlos por donde quiera. No teneis almacenes;
 » esto es ridiculo de sobra. Os mando que á las doce
 » horas de recibir la presente carta emprendais el
 » movimiento para salir á campaña. Conservad el
 » mando, si aun sois el Augereau de Castiglione; si
 » os pesan los sesenta años, dimitidlo y entregadlo
 » al mas antiguo de vuestros oficiales generales. La
 » patria está amenazada y en peligro, y no se puede
 » salvar mas que á fuerza de buena voluntad y de
 » osadía, mas de ningun modo con vanas contem-
 » porizaciones. Debeis tener un núcleo de mas de
 » seis mil hombres de tropas selectas; no tengo yo
 » tantos y he destruido tres ejércitos, capturado
 » cuarenta mil prisioneros, cogido doscientos caño-

»nes y salvado tres veces la capital de Francia. De
 »todas partes huye el enemigo hácia Troyes. Sed
 »del primero ante las balas. No se trata de obrar
 »como en los últimos tiempos; de las botas y de la
 »resolucion del 93 se necesita ahora. Cuando los
 »franceses divisen vuestro plumero en las avanza-
 »das, y os vean expuesto á los tiros delante de to-
 »dos, de fijo hareis de ellos lo que se os antoje.»

No lejos de Augereau se hallaba el ejército de Italia, al cual habia prescrito Napoleon repasar los Alpes y descender hácia Lyon; mas despachó la orden muy tarde, y cuando ya el príncipe Eugenio se hallaba empeñado en los combates mas rudos con el ejército austriaco. Rebasado hácia la derecha por los destacamentos enemigos, que la marina inglesa habia desembarcado mas acá del Adige, vióse forzado el príncipe Eugenio á abandonar este rio, de cuyas márgenes se alejaron con honda tristeza sus tropas. Detrás del Mincio fué á establecerse con la izquierda en Goito, la derecha en Mántua, y muy resuelto á hacerse respetar en aquel punto. Con efecto, al ver ocupados á los austriacos en pasar el Mincio sobre su izquierda y hácia Valeggio, dejó en posicion al general Verdier con una tercera parte del ejército, despues cruzó con las otras dos el rio por los puentes de Mántua y de Goito, y llevó adelante á beneficio de un rápido movimiento de conversion á esta masa; de cuyas resultas cogió de flanco al ejército austriaco mientras estaba en marcha para dirigirse al punto del paso, y le mató, hirió ó capturó de seis á siete mil hombres en las llanuras de Roverbella. Además quitóle mucha artillería en este combate, que le costó cerca de tres mil hombres. Para nosotros esta

pérdida era relativamente muy considerable; pero nuestras tropas habian acreditado grandenuedo, su jóven caudillo un talento militar que comenzaba á estar maduro, y confusos los austriacos se hubieron de volver al Adige, aplazando sus proyectos de conquista para cuando Murat se desempeñara de sus promesas.

Tales eran las noticias que Mr. de Tascher, ayudante de campo del príncipe Eugenio acababa de traer á Napoleon á la hora misma del combate de Montereau. Providencia delicada y muy digna de reflexion era la de persistir en evacuar la Italia despues de una insigne victoria á orillas del Mincio, y despues de victorias aun mas insignes entre el Sena y el Marne. Cuando Napoleon dispuso la evacuacion de aquel territorio, lo hizo, no solo por la necesidad de reconcentrar sus fuerzas, sino con la esperanza de que las tropas que sacara de Italia llegarían á orillas del Ródano bastante pronto para ser allí de provecho. Mas la situacion presente exigia nuevas reflexiones. De seguro, si el príncipe Eugenio hubiera podido llevar á tiempo sobre Lyon los treinta mil hombres que acababan de ganar la batalla de Roverbella, y juntarlos á los veinte mil hombres del mariscal Suchet, de cuyo modo se contarán cincuenta mil soldados de tropas veteranas, con semejante fuerza lanzada por Dijon sobre la espalda del ejército del príncipe de Schwarzenberg, quizá no tornara á pasar el Rhin ningun aliado, y tal éxito bien merecia todos los sacrificios imaginables. Pero como Napoleon no tuvo luz sobre el proyecto de los aliados de hacer una campaña de invierno hasta muy tarde, solo pudo expedir al príncipe Eugenio la orden de tornar á

Francia á fines de enero, cuando se hallaba empeñado en las mas árduas operaciones, y no se podía retirar hasta despues de quedar victorioso. Si actualmente se le retiraba la órden antecedente, no lograria llegar á Lyon hasta fines de marzo, y para tal fecha ya Napoleon debia haber triunfado ó sucumbido. Además esta evacuacion equivalia al abandono voluntario de Italia, esto es, á la pérdida de una prenda que en Chatillon habia de ser del mayor precio. Aunque Napoleon no peleara mas que por las orillas del Rhin, en la presente coyuntura, guardando el Mincio y el Pó en sus manos, y guardándolos bien, tenia así un medio de facilitar la concesion del Rhin por via de compensacion. De consiguiente, con pocas probabilidades de traer á tiempo las tropas del príncipe Eugenio, y con muchas de conservar la Italia, cosa de importancia suma para las negociaciones, abrazó el partido, por siempre lamentable segun lo comprobó el resultado, de no abandonar la Lombardía. Aun cuando sus razones fueran de gran peso, indudablemente procedia bajo el influjo de la confianza que le inspiraban sus últimas victorias, y muy de sentir fué á todas luces, pues así y todo lo mas seguro estribaba en llamar los treinta mil hombres del príncipe Eugenio. Tan holgadamente se prolonga la cadena de los sucesos en la guerra, que nunca se debe renunciar á una precaucion sensata por temor de que aparezca tardía.

Tambien tuvo Napoleon que dedicar la atencion á los ejércitos que defendian los Pirineos, y cuyo socorro le fuera útil en alto grado. El mariscal Suchet no habia cesado de pedir autorizacion para evacuar á Barcelona y algunas plazas de Ca-

taluña; lo que es las de la baja Cataluña y del reino de Valencia, tales como Murviedro, Peñíscola, Tortosa, Mequinenza, Lérida, no podian ser evacuadas en tiempo oportuno. Sacando de Barcelona de siete á ocho mil hombres, y otros tantos de algunas otras pequeñas plazas, y juntando estos quince mil soldados á los otros quince mil que le quedaban despues de la partida de la division enviada á Lyon, se proporcionará el mariscal Suchet un cuerpo de cerca de treinta mil combatientes; y si se le llamaba á Lyon en persona, aun podia decidir la suerte de Francia con semejante fuerza. Hasta el 11 de febrero aguardó la contestacion del ministro de la Guerra, y no llegándole á pesar de sus instancias, se puso al fin en la frontera, tras de dejar ocho mil hombres en Barcelona, por no atreverse á abandonarla sin preceder órden terminante. Napoleon procuró enmendar esta falta, exclusivamente imputable al ministro de la Guerra, mandando al mariscal Suchet que evacuara, no solamente Barcelona, sino todos los puestos aun ocupados, y que se creara así un ejército con el cual se dirigiera á Lyon de seguida, no dejando en Perpiñan ni en las plazas de Rosellon mas que las fuerzas absolutamente indispensables.

Gracias al sistema temporizador de lord Wellington, se habia mantenido el mariscal Soult no junto al Bidasoa, ni junto al Nive, que habia perdido sucesivamente, sino junto al Adur y el paso de Oleron. Cuatro divisiones situó en Bayona á las órdenes del general Reille, dos junto el Adur á las del general Foy, y cuatro en el paso de Oleron bajo su directo mando. El general Harispe

formaba su extrema izquierda en Navarreins; personalmente el centro en Peyrehorade, junto á la confluencia de la corriente de Oleron y del Adur; su derecha el general Reille en Bayona. Dueño de la navegacion del Adur, podia abastecer esta plaza, y proveer á todas las partes de su ejército de víveres y municiones. Detrás del ángulo de dos rios, con cuarenta mil hombres de tropas veteranas, excluidos los quince mil que á Napoleon habia enviado, contenia á su enemigo, que no se atrevia á entrar en Francia sin los españoles, por miedo de no ser bastante fuerte, ni con ellos, por miedo de que sublevaran á los paisanos dándose al pillaje. Asi para volver á tomar la ofensiva aguardaba al general inglés en primer lugar que cesaran las lluvias á la sazón muy copiosas, y en segundo á que su gobierno le enviara dinero para pagar á los españoles, único medio de mantenerlos en disciplina.

Lisonjeándose Napoleon de poder sacar todavía algunos recursos de este ejército valeroso, reiteró al mariscal Soult la recomendacion de llenar los huecos de sus cuadros con conscritos, y de estar apercebido á enviarle á la primera señal otra division de unos diez mil hombres. Sin embargo, no queriendo descubrir á Burdeos, á causa de la importancia moral y política de esta ciudad, se resolvió á no hacer este pedido al mariscal Soult hasta el último extremo. Sus triunfos actuales inducianle á esperar que ya no llegaría nunca.

Segun se ve, los dos días pasados en Montereau, mientras marchaban las tropas, se emplearon muy provechosamente. Antes de partir Napoleon creyó que debia responder á la carta que el ayudante

de campo del príncipe de Schwarzenberg le habia traído.

Al fin acababa de saber lo acontecido en Chatillon despues de anudadas las conferencias. Entregada fué el 16 de febrero á Mr. de Caulaincourt una carta particular de Mr. de Metternich, en la que, enterándole este ministro de los esfuerzos que le habia costado vencer la mala voluntad de las córtés aliadas, le declaraba que se habia servido de su carta confidencial para conseguirlo, y anunciábale que, á condicion de aceptar formalmente las bases de Chatillon, se podria atajar al momento el curso de las hostilidades. Al final instaba fervorosamente Mr. de Metternich á Mr. de Caulaincourt á aprovechar esta ocasion de celebrar la paz, no sin decirle que seria la postrera. Al día siguiente 17 se reunieron los plenipotenciarios y declararon que anudaban las conferencias, si bien tan solo sobre la afirmacion positiva del plenipotenciario francés de estar pronto á someterse á las condiciones propuestas en la última de sus sesiones. De seguida presentaron una série de artículos preliminares, mas insultantes aun si es posible que el protocolo del 9 de febrero. Estos artículos prescribian que Francia volveria estrictamente á sus límites antiguos, salvo algunas rectificaciones de fronteras que en nada alterarían el principio asentado; que de ningun modo se ingeriria en lo concerniente á la suerte de los territorios cedidos; ni generalmente en la determinacion de la suerte de los Estados de Europa; que solo se anunciaba que Alemania compondria un Estado federativo, que Holanda aumentada con la Bélgica constituiria un reino, que Italia quedaria independiente de

Francia, y que Austria adquiriria alli posesiones, cuya extension determinarian las córtes aliadas mas tarde; que la España continental se restituiria á Fernando VII; que Inglaterra en cambio de estos sacrificios restituiria la Martinica, y además la Guadalupe, si la queria ceder Suecia, pero que conservaria la isla de Borbon y la isla de Francia. Ni del Cabo, ni de la isla de Malta, ni de las islas Jónicas se hacia mencion alguna, como tampoco de las posesiones abandonadas por Francia en Italia, en Alemania y en Polonia.

Tales fueron estos artículos ya contenidos en el protocolo del 9 de febrero, bien que de una manera menos explicita y ofensiva, y propuestos ahora como condicion de una suspension de armas, que Francia no habia pedido oficialmente, y menos aun empeñado la promesa de pagarla á tan grande costa.

Mr. de Caulaincourt los oyó con calma, diciendo que no se queria la paz segun las apariencias, dado que á la sustancia de las cosas, ya mortificante de suyo, se añadian formas tan afrentosas que solo admitia la comunicacion de estos artículos por dar cuenta á su soberano, y reservándose las explicaciones convenientes para tiempo oportuno. Entonces pidiósele un contraproyecto, y respondió que lo presentaria mas tarde. A pesar del respeto debido á un hombre que se resignaba por puro patriotismo al papel mas doloroso, fuerza es decir que el temor de comprometer la paz le hizo tal vez reprimir su indignacion mas de lo justo. Efectivamente los diplomáticos que tenia en frente creyeron que aceptaria estas condiciones, aun pareciéndole desconsoladoras, y que, si encontraban

tropiezos, solo seria en el carácter indomable de Napoleon. Mas valiera que Mr. de Caulaincourt se mostrara indignado como Napoleon si estuviera presente. Tal conducta pudiera comprometer, no la paz siempre asegurada bajo estas condiciones, sino el trono imperial, y habia que imitar á Napoleon en preferir el honor al trono. Con todo, añadamos que, si Napoleon podia razonar de esta suerte, su ministro no se hallaba con autorizacion para tanto, y que, despues de Francia, el primer objeto de su solicitud se cifraba en el trono de su soberano. Sea como quiera, Mr. de Caulaincourt, dirigió á Napoleon los mas sanos consejos. Le dijo que bien reconocia que estas condiciones no eran aceptables, pero que habria medios de mejorarlas; que á la verdad las bases de Francfort no se obtendrian nunca, á menos que fuesen repelidos al Rhin los aliados; pero que, si para transigir se aprovechaban las actuales victorias, seria posible que, satisfecha Inglaterra, se logran limites mejores que los de 1790, aunque ya no lo que se denominaba limites naturales. Con efecto, abandonando á España, Italia, todas las partes de Alemania, Holanda, Bélgica, posible era obtener á Maguncia, Coblentza, Colonia, y en suma, conservar el Rhin ya que no el Escalda. Y ciertamente esta paz bien se podia admitir con gusto, cuando no por Napoleon á lo menos por Francia. Con una victoria aun se podia tener segura, y era muy cuerdo aconsejarla. Sin explicarse Mr. de Caulaincourt en punto á lo que habria que sacrificar de los limites naturales, suplicó á Napoleon, que no se mostrara absoluto, y le dijo con fundamento que se engañaba si creia que sus victorias le habian

colocado de nuevo á la altura de las bases de Fracfort, aun cuando se podria aproximar mediante la presentacion de un contraproyecto moderado.

Cuando Napoleon recibió en Montereau estas comunicaciones, se le subieron los colores al rostro, y escribió á Mr. de Caulaincourt la carta siguiente.—

«Os considero como incomunicado sin saber nada de mis cosas, y bajo la influencia de imposturas. Tan luego como llegue á Troyes, os enviaré el contraproyecto de que debeis hacer entrega. Gracias doy al cielo por tener esta nota, porque no habrá un solo francés á quien no le hierba la sangre de indignacion. Asi es que escribiré mi ultimatum yo mismo... Me disgusta que no hayais hecho conocer en una nota que, para ser Francia tan fuerte como lo era en 1789, necesita sus límites naturales en compensacion de la desmembracion de Polonia, de la destruccion de la república de Venecia, de la secularizacion del clero de Alemania, y de las grandes adquisiciones hechas por los ingleses en Asia. Decid que aguardais órdenes de vuestro gobierno, y que es muy sencillo que os las haga esperar porque se obliga á vuestros correos á rodear setenta y dos horas, y que ya os faltan tres. En represalias he decretado el arresto de los correos ingleses.

»Tan conmovido estoy de resultas del infame proyecto que me enviáis que ya me creo deshonrado solo por haberme puesto en el caso de que os sea propuesto. Desde Troyes ó desde Chantillon os comunicaré mis designios; pero se me figura que mas hubiera querido perder á Paris que ver hechas al pueblo francés tales proposi-

»ciones. Siempre me habláis de los Borbones: mas los quisiera ver en Francia bajo condiciones razonables, que someterme á proposiciones tan infames»

»Surville cerca de Montereau.

»19 de febrero de 1814.»

Apreciando Napoleon los sanos consejos de Mr. de Caulaincourt despues de pasar la impresion primera, determinó proseguir las negociaciones, no sobre las bases que habia encargado llevar á Manheim á su plenipotenciario, y que comprendian el Rin hasta el Wahal, un reino para el principe Gerónimo en Alemania, otro para el principe Eugenio en Italia y parte del Piamonte para Francia, sino sobre las bases nuevas que comprendian pura y simplemente los límites naturales, á saber: el Rin hasta Dusseldorf, mas allá de Dusseldorf el Mosa, nada en Italia, salvo una indemnizacion para el principe Eugenio, y finalmente, la legitima influencia de Francia en la fijacion de la suerte de los Estados de Europa. No se limitó á esta comunicacion de oficio; sabiendo que existia mas de una causa de divergencia entre los aliados, y que especialmente los austriacos estaban cansados de guerra y ofuscados por la supremacia de que hacian alarde los rusos, le ocurrió corresponder al paso que se habia dado respecto de su persona, con una carta suya para el emperador Francisco, y otra del mayor general Berthier al principe de Schwarzenberg. En estas dos cartas, redactadas con grande osmero, esforzóse por hablar el lenguaje de la política y la razon. Allí manifestaba que se habia

apelado á la victoria; que la victoria habia fallado; que sus armas eran mejores que nunca, y pronto serian tan numerosas como otras veces; que si se prolongaba esta lucha tenia la mayor confianza en su desenlace; que de todos modos partia á la sazón hácia Troyes; que el primer encuentro se efectuaría entre un ejército francés y un ejército austriaco; que creia salir victorioso y que esta confianza no debia sorprender á nadie; pero que, habiendo experimentado los azares de la guerra, no tenia inconveniente en considerar esta hipótesis como dudosa, por lo cual argüiria bajo este doble supuesto; que si era vencedor la coalicion quedaria deshecha, y que tras esta prueba se le hallaria exigente cual nunca, pues le autorizarian á ello sus peligros y sus triunfos; que si al revés era vencido, aun quedaria mas roto que lo estaba el equilibrio de Europa, si bien en provecho de Rusia y á expensas del Austria; que esta resultaria algo mas mortificada, algo mas dominada por una rival orgullosa; que de consiguiente nada iba á ganar en una batalla, que en un caso la haria perder todos los frutos de la de Leipzick, y en otro la haria aun mas dependiente que lo era ya de Rusia; que lo que podia anhelar por ejemplo, en Italia, se lo concederia Francia al punto, sin mas que repasar los Alpes; que asi, aun prescindiendo de los vínculos de la sangre, que siempre debian entrar por algo, el verdadero interés de Austria se cifraba en celebrar la paz bajo las condiciones que desde Francfort habia ofrecido ella misma.

A estos argumentos mezclados con muchas frases dulces y lisonjeras para el emperador Francisco, añadió Napoleon otras no menos eficaces en la

carta destinada al príncipe de Schwarzenberg y bien ideados para influir sobre su memoria, su prudencia militar y su orgullo, que no cesaban de ajar los generales rusos y prusianos. Estas cartas fueron enviadas á título de respuesta al último paso de Schwarzenberg. Desgraciadamente, aunque concebidas y redactadas con habilidad suma, no se armonizaban completamente con la situación moral de las potencias aliadas, que Napoleon no podia avalorar bien desde su campamento. Sin duda si estuviera menos atada con los vínculos de la coalicion el Austria, si no temiera tanto verla rota, porque asi quedara bajo la férrea mano de Napoleon de nuevo, si no temblara tanto el carácter suyo, bien pudiera prestar oídos á consideraciones que bajo muchos aspectos correspondian al espíritu político del emperador Francisco, á la prudencia de su primer ministro, y al amor propio herido de su general en jefe. Mas era de creer, que en lugar de guardar para sí estas cartas el Austria, se las enseñaria á sus aliados, á fin de poner su buena fé al abrigo de toda sospecha; que se harian nuevas protestas de fidelidad con este motivo, y que se ligarian mas estrechamente unos á otros contra un enemigo que alternativamente era leon ó zorra. De consiguiente se exponia mas que se ganaba en esta tentativa cerca de la corte de Austria.

De todos modos, tras de atender á estos diversos cuidados, y cuando ya habian llegado á la deseada altura sus tropas, Napoleon partió del castillo de Surville el 21 por la mañana, pasó el Sena por Montereau, y remontólo hasta Nogent. Donde quiera halló el pais talado de tal modo, que deses-

perando de poder vivir en la comarca, instó para que de París se le enviasen municiones de boca. Hasta en Nogent se hallaba todo en un estado horrible por consecuencia del último combate. De su bolsillo particular distribuyó socorros á las hermanas de la caridad que habian curado á los heridos bajo las balas enemigas y á los moradores que mas habian padecido.

Continuando el 22 la subida del Sena se dirigió á Mery, punto donde tuerce el curso del rio, y en lugar de describir una línea de Oeste á Este, la traza del Noroeste al Sudeste. Por el camino real de Troyes llevaba consigo las tropas del mariscal Oudinot, compuestas de la division de Jóven Guardia de Rothenburgo y de la de Boyer de España, la Vieja Guardia, las divisiones de la Jóven de Ney y Victor, la reserva de caballería, y finalmente la reserva de artillería. A la derecha y por caminos de travesía, avanzaban el mariscal Macdonald con el undécimo cuerpo y algo mas á la derecha el general Gerard con el segundo cuerpo y la reserva de París. A la otra orilla del Sena y en el contorno de Sezanne, se aprestaba Grouchy á incorporarse á Napoleon por Nogent con la division de Leval y su caballería, y Marmont ocupaba la comarca entre el Sena y el Marne con el sexto cuerpo, á fin de observar á Blucher y dar la mano al mariscal Mortier enviado sobre Soissons. Sin incluir las tropas de Marmont, aunque si las de Grouchy y Leval ascendian las fuerzas de Napoleon á muy cerca de setenta mil hombres.

Siempre contaba Napoleon con dar batalla, y lo deseaba por extremo, pues desde el principio de la campaña no habia tenido setenta mil hombres á la

mano, fuera de que para atraerse á Marmont no se requería mas de una jornada. Segun ya se ha dicho, por aspirar á una combinacion que pudiera hacer esta batalla decisiva, renunció á seguir al príncipe de Schwarzenberg por el camino real de Troyes, y le ocurrió pasar por Mery el Sena, desde aqui remontarlo velozmente por la orilla derecha dejando al príncipe de Schwarzenberg á la izquierda, tomarle la delantera á la altura de Troyes, y entonces repasar el rio para presentarle batalla entre Troyes y Vandœvres, despues de apoderarse de su misma línea de retirada. Si este plan se podia llevar á cabo, sin duda seria de consecuencias de monta.

Dadas las órdenes el 22 por la mañana á tenor de estas miras, nuestra vanguardia arrolló á la retaguardia del príncipe de Wittgenstein hacia Chartres, y de seguida lanzóse al puente de Mery, que es muy largo porque abarca muchos brazos del rio y algunos terrenos pantanosos. Este puente sobre estacas se encontraba medio incendiado, sin embargo, corriendo nuestros tiradores por encima de las cabezas de las estacas empeñaron un vivísimo combate contra los tiradores enemigos, y lograron tomar á Mery. Mas bien pronto detuvo nuestros progresos un incendio voraz y prendido en la ciudad por los rusos. Tan sofocante se hizo el calor que fué necesario ceder el puesto, no al enemigo, sino á las llamas, y tornar á las orillas del Sena. Al propio tiempo asomaron por fuera de Mery tropas numerosas, y hubo que renunciar á seguir adelante. Aquellas tropas no eran los rusos del príncipe de Wittgenstein, ni los bávaros del mariscal de Wréde, á quienes fuera natural ver por tal rumbo,

sino los prusianos perseguidos el 15 por Mortier mas allá del Marne, y que parecían fuera de juego por algunos dias. ¿Con quién se habian juntado y remanecian á la semana? ¿Quién los habia conducido? Estas preguntas ocurrían naturalmente, y Napoleon se las hizo con legitimo asombro.

Muy luego lo supo de boca de los prisioneros y por los partes llegados de las orillas del Marne. Desde la derrota en detalle de los cuatro cuerpos del antiguo ejército de Silesia, se afanaron por rehacer sus filas, y lo consiguieron en parte. Sintiendo vivamente perseguidos los generales de York y de Sacken por el camino de Soissons, declinaron á la derecha, y por Oulchy, Fismes y Reims, llegaron á Chalons, para donde Blucher los habia citado. Reunidos á los restos de Kleist y de Langeron formaban un cuerpo de treinta y dos mil hombres. Cruelmente herido estaba el orgullo de este ejército. Compuesto de los mas fogosos entre los prusianos y los rusos, teniendo á su cabeza al intrépido Blucher y á todos los afiliados del Tugend-Bund, no se consolaba de haber sufrido tales descalabros despues de burlarse á mas y mejor de la timidez del antiguo ejército de Bohemia. Asi era veheméntisimo el afan que por volver á entrar en juego se notaba en sus filas, y á lo menos tenia el mérito de querer reparar su desastre á toda costa. Al parecer se le ofrecia una coyuntura y la aprovechaba anheloso.

Despues de la terrible jornada de Vauchamps se habia detenido Marmont en Etoges. Semejante aflojamiento de persecucion por parte de los franceses, indicaba á las claras que, repitiendo Napoleon contra el ejército de Bohemia la maniobra que

tan perfectamente le habia salido contra el ejército de Silesia, se habia arrojado sobre el príncipe de Schwarzenberg. Esta conjetura tomaba el carácter de certidumbre, si se consideraba que, habiéndose adelantado el príncipe de Schwarzenberg hasta Fontainebleau y Provins, no habia podido sufrir Napoleon que se acercara mas á París sin volar en su contra. Por tanto el ejército de Silesia no podia abrazar otro partido que el de trasladarse de seguida del Marne al Sena, donde verosimilmente hallaria en observacion al destacamento de Marmont, y sobre el cual se vengaria de las cuatro jornadas crueles por que habia pasado.

Tomadas estas providencias, no dió Blucher á sus tropas mas que dos dias de descanso, y envió correos detrás de correos al príncipe de Schwarzenberg para noticiarle su nueva empresa. Afírmole en ella la llegada de refuerzos de bastante monta. Hasta el presente no habia tenido mas que la mitad de cada uno de los cuerpos de Kleist y de Langeron; pero la otra mitad relevada sucesivamente en los bloqueos de las plazas, se le incorporaba en este momento. Tambien llegaba el cuerpo de Saint-Priest, encaminado primero hácia Colblentza, y al ponerse el dia 18 en marcha de Chalons á Arcis, recibió el mariscal Blucher de refuerzo entre infantes y ginetes de quince á diez y seis mil hombres; de modo que su ejército mermado bajo los golpes de Napoleon de mas de sesenta mil á treinta y dos mil soldados, de pronto se aumentaba á la fuerza de cuarenta y ocho mil combatientes, y asi estaba en aptitud de intentar algo de importancia. ¡Tan cierto es que en la guerra produce la pasion á menudo todos los efectos del genio, por-